

sacado de allí, conducido á la fortaleza de Játiva y decapitado el 2 de Septiembre de 1562. Su hermano Felipe, condenado á muerte por contumacia, pudo huir á Africa. Quizás Diego de Borja merecía la muerte, pero no es temerario pensar que no se hubiera ordenado un castigo tan tardío, si otro que Diego no se hubiere atraído la enemistad real.

---

### CAPÍTULO III

#### El general

##### 1. *La elección*

Era evidente que por algún tiempo no había que pensar en confiar á Borja el cargo de Asistente de España. Por su parte, no aspiraba á otra cosa que á retirarse á Loreto para vivir allí en el recogimiento. Dios no había permitido la gran prueba de la cual Francisco salía dolorido, pero purificado, sino para atraerle á otro escenario, y confiarle un papel todavía más digno de él. Las tempestades tienen su significación providencial. Sin su desgracia de 1543, ¿hubiera sido religioso el duque de Gandía? Sin la prueba que le condujo á Italia, ¿hubiera desempeñado el papel que le esperaba? «Nos cuidaremos de vuestrapersona y de vuestros intereses—le dijo el Papa Pío IV.— Estamos obligados á ello á causa del gran ejemplo que habéis dado al mundo en nuestra época.» La curiosidad primero y la veneración después rodearon muy pronto á Borja. Durante la cuaresma de 1563, predicó dos veces por semana en la iglesia de Santiago de los españoles, ante el más ilustre y solícito auditorio. Los cardenales Otón Trushes, arzobispo de Augsburgo, Stanislao Hozius, obispo del Ermeland y Alejandro Farnesio, le ofrecie-

ron desde entonces la más sincera amistad. Dos hombres sobre todo se regocijaron de su ida á Roma: Miguel Ghisleri, el futuro papa Pío V, y Carlos Borromeo. El Cardenal Borromeo, ordenado de sacerdote en 1563, quiso celebrar su segunda misa en el altar en donde Borja la decía todos los días, y al cual tantas veces había subido San Ignacio, y aquel mismo año, conmovido sobre todo por las pláticas del P. J. B. de Ribera, y también por el ejemplo de Borja, determinóse á ser santo.

En el otoño de 1562, fué llamado el P. Láynez desde Francia á Trento, para la última reunión del Concilio; y como el P. Salmerón, Vicario de la Compañía en ausencia de Láynez, hubiese sido llamado también á Trento, su cargo recayó en Francisco de Borja.

Tan pronto como Borja volvió á tomar sobre sí cuidados de los cuales se creía libre para siempre, visitó las casas de Roma, estimulando en todas partes el fervor y el celo de sus hermanos. El 12 de Enero, volvía Láynez á Roma, y el 16 de Febrero nombraba decididamente á Francisco de Borja Asistente de España y Portugal. El novel Asistente perfeccionóse, durante un año, en la escuela de Láynez, en el arte de gobernar, y aprendió lo que ignoraba aún de las diferentes provincias de la Compañía.

Deseoso de obedecer el primero á las prescripciones del Concilio, Pío IV fundó un seminario en 1564, y quiso confiar su dirección á los Jesuitas. Algunos Cardenales le rogaron que empleara también estos religiosos en la visita

á las parroquias y en el examen de los ordenandos. Este conjunto de favores excitó inevitables envidias, y como el mismo Pío IV se emocionara más de lo debido por la «conversión» de su sobrino Carlos Borromeo, los envidiosos creyeron ganada la partida. Engañáronse, sin embargo, porque á Pío IV se le pasó pronto el enfado, y mantuvo su decisión de confiar su seminario á los Jesuitas.

Los trabajos excesivos tenían extenuado á Santiago Láynez, y la última tormenta, al encontrarlo sin fuerzas, acabó con él. Murió el 19 de Enero de 1565, sin haber querido designar Vicario, contentándose, durante su agonía, con mirar mucho tiempo á Francisco de Borja. A la mañana siguiente, era elegido Francisco Vicario general de la Compañía.

A fin de desempeñar menos tiempo este cargo, convocó, para el 21 de Junio, la Congregación que debía elegir al sucesor de Láynez, y él mismo lo puso todo en obra para prepararla. Las casas de Roma apenas podían alimentar á sus trescientos religiosos. Para atender á los gastos que traería consigo la recepción de los nuevos huéspedes, dirigióse Francisco á sus amigos de España y Portugal. Tendió humildemente la mano, y tal vez nadie supo en Roma á qué animosa iniciativa se debió aquel año el pan de cada día.

En la fecha indicada, todo estaba dispuesto. El 23 de Junio fué Francisco á pedir á Pío IV que bendijera la Congregación. La proximidad de la elección le asustaba. Continuamente recomendaba á los profesos reunidos que no

eligieran general sino al designado de Dios, al que lo mereciera, desterrando de su espíritu toda consideración terrena. Pensaba alejar así de él los sufragios, y aun quiso hablar más explícitamente, y solicitar de cada elector que echara en olvido su nombre; pero en interés mismo de su humildad, se le aconsejó que no hiciera nada de aquello.

El 2 de Julio de 1565, en el primer escrutinio, treinta y un electores, de treinta y nueve, nombraron á Francisco de Borja General de la Compañía de Jesús. Pío IV acogió con gozo esta noticia. En Alemania, el cardenal de Augsburgo la saludó con solemnes *Te Deum*; Hozius se felicitó de ella como de una dicha para la cristiandad; todas las cortes católicas la aplaudieron, y la de España fué felicitada por ella. El elegido era el único sinceramente afligido.

Pero no se entretuvo en gemir. El día de su elección, escribió sencillamente en su diario: «¡Día de mi crucifixión!», y puesto que Dios lo quería, cargó valientemente con su cruz.

Francisco de Borja no era en modo alguno «aquel anciano lánguido y débil... aquel carácter reconcentrado, necesitado de la iniciativa de los demás... aquel temperamento melancólico» que han imaginado algunos historiadores <sup>(1)</sup>. Sufrió algunas veces ataques de gota, y siempre de dolores de estómago. Las penitencias le habían debilitado; sus trabajos superaban á

(1) Crétineau-Joly, *Historia de la Compañía de Jesús*, t. II, página 3.

sus fuerzas; pero su salud era suficiente, su ánimo esforzado desafiaba toda fatiga, y empuñaba las riendas del gobierno con mano vigorosa. Siempre había dado pruebas de exuberante iniciativa, y, con sus decretos, dedicóse la Congregación á moderar esta iniciativa, más bien que á estimularla. No se daba en él sombra alguna de melancolía; era todo bondad alegre y radiante. Impresionable, artista, de estilo y trato encantador, de dulce autoritarismo, de una firmeza condescendiente, pronto en concebir más proyectos que podía ejecutar, en manera alguna meticuloso, y, no obstante, cuidadoso de los pormenores, conocedor por experiencia, y muchas veces á su costa, de lo que debía esperar de los hombres, Francisco de Borja poseía todo lo necesario á un hombre de gobierno. Con él, dotó Dios á la Compañía de un modelo ejemplar y de un jefe providencial.

La Congregación general determinó claramente su misión. Encargóle consolidar la Compañía antes que propagarla, que fundara en cada provincia casas de formación y estudios, que proscribiera los ministerios extraños al Instituto, que salvaguardara el desinterés y la pobreza de la Orden y que redactara más succinctamente las reglas; le dejaba, si lo juzgaba conveniente, la facultad de prolongar la duración de la meditación cotidiana.

El 3 de Septiembre terminó la Congregación, clausurándola el General con un discurso que acababa de este modo: «Os ruego, Padres míos, que no me neguéis lo que se concede á las bestias de carga. No se contentan con cargar-

las, se procura que marchen. Si se encorvan, se les aligera el peso; si avanzan muellemente, se las estimula; si caen, las levantan; si se fatigan mucho, las descargan. Yo soy vuestra bestia de carga. Me habéis cargado, tratadme como corresponde. Que pueda decir: Me he hecho vuestra bestia de carga, y estoy á vuestra disposición. Ayudadme, pues, con vuestras oraciones; aligeradme vosotros sobre todo, los que tenéis parte en el gobierno; estimuladme con vuestros ejemplos y advertencias; si me hallo cansado, descargadme. Si queréis consolarme, amadísimos Padres míos, que os vea siempre unidos en sentimientos y en palabras. Tened un solo corazón, un solo espíritu; llevad mutuamente vuestra carga, á fin de que yo pueda llevar la de todos. Completad mi alegría, para que la nuestra sea completa, y nadie nos la arrebate. A fin de que mi plegaria viva en vuestros corazones, y para que os acordéis de las palabras que os dirijo, en prueba del afecto que os profeso, voy á besar humildemente vuestros pies, suplicando á Dios que esos pies sean ligeros como los de los ciervos, y corran á anunciar la paz, á anunciar el bien, y, ya establecidos en las alturas, puedan un día descansar eternamente. ¡Amén!»

Y en medio de la común emoción, Francisco de Borja besó los pies de todos sus hermanos.

## 2. *Los trabajos*

En España había unido Borja otros cuidados á los del gobierno. El ministerio apostólico,

viajes incesantes y aun misiones diplomáticas, le distraían. En lo sucesivo no será más que General. El predicador calló, y el director de almas ya no ejerció más su acción sino por su correspondencia, inmensa en verdad, pero que llevaba, por el mundo entero, la luz y la fuerza á soberanos, obispos, apóstoles y á casi á todos los que en su tiempo servían la causa católica.

En 1540, siendo virrey, decía: «Para un hombre de mi condición, sentarse en el Consejo es más meritorio que entrar en campaña.» El temperamento de Borja quizás no había cambiado, pero por fidelidad al deber de su estado, en seis años casi no llegó á salir de la casa profesa de Roma; su actividad, su atención, su alma no tuvieron más que un fin: gobernar.

«¡Empecemos nueva vida!»—escribía en su diario, la mañana siguiente de su elección. Desde entonces, mostróse á todos como un hombre nuevo, animado de una virtud sobrenatural. Desempeñado tan concienzudamente, y con sentimiento tal de su responsabilidad, el cargo de General debía serle muy pesado. Así, en adelante aparecerá constantemente esta oración en su diario espiritual: «¡Lléveme Dios, ó ayúdeme á gobernar, ó líbreme de esta cruz!» Espera con impaciencia las dos Congregaciones de procuradores de 1568 y 1571, confiando que aceptarían su dimisión. Se le recuerda el ejemplo de Ignacio y de Láynez, que se resignaron á soportar la cruz, y él los imita en su animosa resignación.

Apenas terminada la Congregación general,

nombra Borja nuevos Provinciales, y con toda exactitud los renueva al final de cada trienio. Envía Visitadores á todas las provincias de Europa, al Brasil, á la India, y al Japón. Su correspondencia con los Visitadores muestra la inteligencia y solicitud con qué proveía á todas las necesidades y secundaba, sin aniquilarlas, todas las iniciativas. ¡Con qué paternal bondad informaba á los ausentes de los trabajos de la Compañía, de sus cuidados personales, y aun de sus alegrías de familia! Sus instrucciones á los Visitadores son modelo de prudencia, de buen sentido, de grandeza de alma y de caridad. Traza caminos amplios y seguros, tanto á los misioneros del Japón ó del Brasil, como á los Padres delegados del Papa en la dieta de Augsburgo, á los confesores de los príncipes y á los maestros de las clases inferiores. Su constante deseo consiste en consolar á todos, en aligerar todas las cargas, en compartir todos los sufrimientos.

Sabía mantenerse firme, y tomaba demasiado en serio las obligaciones de la vida religiosa para tolerar abusos, singularidades y relajaciones; pero su nota distintiva era la bondad, y sólo encontraba palabras severas dirigiéndose á los superiores que carecían de suavidad.

Borja trabajaba sin descanso en la redacción de las reglas. El 2 de Julio de 1567, las promulga en Roma, las hace imprimir en el Colegio Romano, las expide á las diversas provincias, y no cesa, en sus cartas, de comentarlas y apresurar su ejecución. El texto en vigor hoy día fué editado, en 1580, en el

generalato siguiente; difiere poco del texto redactado por Francisco de Borja, al cual debe la Compañía la edición príncipe de sus reglas, así como la de los Ejercicios espirituales <sup>(1)</sup>.

Por eficaz que fuese, la acción de los Visitadores era efímera, y las reglas hubieran dirigido mal á hombres no formados por completo. Para asegurar la formación espiritual é intelectual de los jóvenes religiosos y la formación apostólica de todos, era necesario tomar medidas duraderas. La obra de Borja consistió en establecer, en todas las provincias, noviciados sabiamente reglamentados, casas de estudios florecientes, y en desarrollar la vida espiritual de cada uno por la práctica más recomendada de la oración.

En 1565, fundó noviciados en cada una de las provincias de Italia. La duquesa Juana de Aragón, viuda de D. Ascanio Colonna, se ofrecía á dotar el noviciado de Roma. El obispo de Tivoli cedió la iglesia de San Andrés, en Mote Cavallo. El 30 de Noviembre de 1567; terminaba Borja, é inauguraba, la iglesia y casa de San Andrés.

Pronto le envió Dios novicios numerosos y escogidos. Contábanse entre ellos Claudio y Rodolfo de Acquaviva, el futuro general de la Compañía y el futuro mártir de Salsetta; Estanislao Varsiviewski, el gran poeta polaco, y Estanislao de Kostka, que debía morir, el 15 de Agosto de 1568, y ser el modelo perfecto de los novicios tal como los quería Borja.

(1) Cuyos gastos había hecho en 1548.

El ejemplo del santo General no era extraño á aquella afluencia de vocaciones. Su vida fué la que llevó á la Compañía á Claudio de Acquaviva, camarero favorito de Pío V.

Por lo demás, no se limitó á edificar una morada á los novicios de Roma y á suscitar otras semejantes en distintos países. Así, escribió para la casa de san Andrés instrucciones que comunicó á los demás, y personalmente, formaba á los profesores, á los cuales animaba con su espíritu amplio y generoso.

Borja sabía mejor que nadie los inconvenientes que llevaba consigo la penuria del Colegio Romano. Quiso, pues, perfeccionar su obra de otro tiempo, y fundar este Colegio, el cual, había sido trasladado, 1560, á una morada cedida por una sobrina de Paulo IV. En 1567 edificaba Borja una iglesia en el Colegio, y le aseguraba ya cuatro mil ducados de renta.

El interés que en Barcelona y Gandía demostró Borja por los estudios, podía ahora atestiguarlo más eficazmente. A partir de 1566, elaboró el P. Ledesma, por orden de Francisco, los reglamentos de estudios, en los cuales se inspiraron tan ampliamente los redactores del *Ratio studiorum*, reunidos en 1583. Estimula el celo de los estudiantes; y sigue atentamente la elección de los profesores; su vigilancia se extiende á todos los colegios; destierra de ellos las opiniones sospechosas y las extrañezas pedagógicas. Encarga á Manuel Alvarez que componga su gramática latina, y á Pedro de Fonseca que redacte un curso de filosofía destinado á dirigir á todos los profesores. Alienta á

los maestros de valer, y sobresale en descubrir los talentos superiores y en desarrollarlos. Envía á Roma á Francisco Suárez y á Pedro Scarpa. Tiene las mayores atenciones con Roberto Larmino, cuya salud vigila tanto como sus éxibitos. Exige que, en todas partes, novicios y estudiantes tengan semanalmente un día de campo. Poco le importa que se escandalicen de ello. Necesitan descanso y lo tendrán. De lo que no se consuela, es de saber que se han agotado prematuramente.

Francisco de Borja encontraba en la oración el principio de su ferviente actividad. Incomparable hombre de acción, fué ante todo y sobre todo hombre de oración, siendo sorprendente que, en medio de sus incesantes cuidados, pudiese conservar tan intensa vida interior.

Quédannos de él fragmentos de un diario espiritual, que comprende desde el 1.º de Febrero de 1566 al 1.º de Febrero de 1570. Con rápida y á menudo indescifrable escritura, anotaba cada día sus intenciones, sus ansiedades, las gracias recibidas ó deseadas. Su industria característica consistía en ofrecer cada hora de su jornada por una intención que señalaba, y en la cual pensaba, mientras seguía trabajando. Su jornada se convertía así en una meditación continua, y de su reposo parecía hacer horas de oración. Las grandes necesidades de la Compañía, de la Iglesia, del mundo, así como los principales aniversarios de su vida, se recuerdan en estas páginas. Elévase en ellas á las más altas consideraciones místicas. Exhorta en ellas sin cesar á dar principio á una vida

nueva, á imitar al Buen Pastor. Ofrece á Dios su vida y su sangre, y repite, como un refrán, esta oración «¡Llebadme, descargadme de mi cruz, ó ayudadme á gobernar!» Semejante asiduidad testimonia una gran fidelidad á la gracia, un raro poder de vida interior. Una facilidad tal en variar sus intenciones, en encontrar, en los misterios de la fe, aspectos tan múltiples, indica la inagotable riqueza de su ascetismo. Un puro contemplativo hubiera podido difícilmente sujetarse á un régimen semejante de oración. Lo admirable es que se hubiese convertido en práctica constante de un hombre abrumado de ocupaciones.

San Francisco de Borja fué uno de los principales oradores de un siglo, que contó con algunos muy privilegiados, y uno de sus méritos consistió en renunciar, por caridad y por deber, á los goces de la vida contemplativa, que constantemente le atrajo. Por sus opúsculos y sus meditaciones, ocupa también, entre los autores ascéticos, un lugar que hubiera sido más amplio y notable, si otros cuidados no hubieran distraído su pensamiento; y como sus estudios teológicos fueron muy elementales, preciso es reconocer que su maestro fué principalmente Dios, comprendido en la meditación.

Pocos santos han entendido mejor que Francisco de Borja el apostolado por la oración. No contento con practicarlo personalmente, lo recomendaba. Con frecuencia prescribía á la Compañía oraciones y penitencias por las grandes necesidades de los reinos católicos ó de la Iglesia. En tales armas y fuentes basaba su

política. Los que conocían su eficacia, recurrían á él con fiadamente, y es en alto grado consolador saber que, en 1572, María Stuardo, cautiva en Fotheringay, se encomendaba á las oraciones de la Compañía y de su santo General.

Las Constituciones de San Ignacio no prescribían más que una hora de oración diaria; en esta hora, hallábanse comprendidos dos exámenes de conciencia, de un cuarto de hora cada uno. Borja fué uno de los que pidieron en la segunda Congregación general prolongar el tiempo de la meditación cotidiana. Diósele poder para ello, y lo hizo. Después de diversos ensayos, dejó establecida la costumbre de hacer cada día una hora seguida de oración, costumbre que, más tarde, fué definitivamente consagrada.

\*  
\* \*

Fortalecida por una administración vigilante y un aumento de fervor, debía necesariamente desarrollarse la Compañía, y si hubiera conservado el ardor que le animaba en España, Borja hubiera apresurado su desarrollo. Pero dócil á las órdenes de la Congregación general y á las lecciones de la experiencia, Francisco de Borja, durante su generalato, rehusó tal vez más fundaciones que las que admitió.

El cuidado en no dispersar sus fuerzas y en ejercitar sus tropas antes de emplearlas, no le impidió comprometerlas en el momento oportuno. En España y Portugal, las casas, en gran

número, pedían únicamente estar seria y prácticamente gobernadas. El veló por ellas. En 1567, instituyó la provincia romana. Fundó en Italia y en Saboya los colegios de Turín, Milán, Mondevi y Chambery.

Francia y las provincias del norte fueron sobre todo su terreno de conquista. Al principio de su generalato, en el Parlamento y en la Universidad de París resonaban las diatribas de Esteban Pasquier. Borja vió calmarse las enemistades. Obtuvo del Parlamento la retirada de los edictos hostiles, y con su influencia personal cerca del cardenal de Lorena, del cual era pariente, y de la corte de Francia, contribuyó al apaciguamiento de los espíritus. Finalmente, fundó los colegios de Lión, Aviñón, Nevers, Pont de Moussón, Roanne, Billom, Verdun y Burdeos.

En Flandes, abrió y mantuvo, á pesar de los desórdenes suscitados por la guerra de los *gueux*, los colegios de Saint-Omer, Tournai, Lieja y Lovaina. En Bohemia, fundó el de Olmütz; en Tirol, los de Insprucky Hall; en Alemania, los de Wurzburg, Fulda y Spira.

La provincia de Polonia le debió por completo su existencia. Enriquecióla con los colegios de Bramberg, Ploz, Vilna, Posen y Jaroslaw, y aun soñó con fundar uno en Rusia, en Plesmysl.

En Roma todo se transformó en las manos de este hombre emprendedor y generoso. Edificó en 1567 la iglesia de San Andrés y la del Colegio Romano y adelantó la construcción del

Gesù. En 1566, el cardenal Alejandro Farnesio había prometido emprender esta obra. «Pero—escribe Borja, si el cardenal no puede comenzarla pronto, como nos lo ha ofrecido, nosotros la emprenderemos confiando en la bolsa de Nuestro Señor, que es todavía más opulenta.» Por fin se determinó Farnesio pero no pagó más que el edificio, por lo que fué necesario comprar el terreno. Borja se endeudó en cinco mil escudos, y, para pagarlos, recurrió á sus antiguos protectores: la emperatriz María, mujer de Maximiliano II, al duque de Baviera, y numerosos amigos de España. Así, aunque el Gesù de Roma lleve el nombre del cardenal Farnesio, y el Colegio Romano el de Gregorio XIII, fueron ambos, en gran parte, obra de Francisco de Borja.

En siete años de gobierno, Borja había renovado su Orden, hasta el punto que merece ser llamado su segundo fundador. Había reanimado su fervor, asegurado su formación, suprimido inevitables abusos, fundado nuevas provincias y afirmado las antiguas. Todo no fué, sin duda, obra exclusiva de él: Provinciales como Pedro Canisio en Alemania, Emond Auger y Olivier Manare en Francia, Cuadros en la India, Torres en Portugal y Azevedo en el Brasil, y Visitadores como Nadal y Mercurián tuvieron, en el éxito, parte muy importante. Menos secundado, Borja hubiera sido impotente. Pero el mérito mismo de los hombres que empleaba, en los cuales infundía su consejo y su alma, en tanto que ellos hallaban en su dirección, su fuerza y su luz, prueba la supe-